

Nada

Un año, cuatro meses y siete días. Once mil ochocientas treinta y dos horas sin ella.

Siento que fue ayer cuando la vi por última vez, su risa sonaba por toda la habitación y sus ojos brillaban de felicidad. Recuerdo que ese día le había dado un pequeño collar de plata con un dije en forma de un par de alas, era dorado y tenía pequeñísimos cristales que brillaban en distintos tonos dependiendo de dónde le diera la luz. Después de ese momento, la dejé marchar sola. Jamás me perdonaré por no haberla seguido, a pesar de sus negativas; yo debí acompañarla.

Aún no me acostumbro a su partida, sigo creyendo que un día atravesará el umbral de mi casa con los pequeños pasteles que solía traerme para que me sintiera mejor después de un día pesado. Todavía escucho cómo sus cantos salen de la ducha y veo las sombras de sus danzas entre la sala y el comedor. Siento la vibra de su alma sonando en el piano que le regalé en su cumpleaños dieciocho y terminó quedándose aquí. Baggie, nuestra cachorra, todavía sigue de pie al lado de la recámara, esperando que alguien más salga de ahí. ¿Cómo le explico que eso ya no va a suceder? Charlie dice que debo tener esperanza, que ella aún puede volver, pero ¿cómo será eso posible?

Mientras me hundo en los deseos más bajos de la mente, siento el teléfono vibrar en la mesilla de noche al lado de mi cama, me arrastro entre las sábanas hasta lograr sentirlo entre mis manos y contesto. Era él, Charlie, dándome una corta frase en cuanto escucha mi voz: “está aquí”. Mis latidos se paran por un segundo para pasar a la adrenalina recorriendo cada fibra de mí. Me levanto casi a tropezos y llego hasta donde había tirado los jeans la noche anterior. No necesitaba nada más que la voz llena de tristeza de Charlie para saber que la habían encontrado, para saber que era ella. Ese hombre que ha estado al lado de mí apoyándose desde que éramos niños y que, ahora, me da la noticia más temida, la que va a hacer que mi ser se rompa o se regenere.

Al conducir hasta aquel lugar que había visitado tantas veces llenándome de esperanza que terminaba en llantos por no ser lo esperado, mi mente seguía en su ritual de tortura, jodiéndome el alma hasta que nada más quedara un cascarón vacío, sin vida, sin esperanza. Entrando al edificio mis fosas nasales se llenaron del olor tan fuerte de algún químico que desconozco, sentí el ardor en mis fosas nasales, en la nuca, en los ojos y mis pasos se volvieron cada vez más lentos a medida que me acercaba a la puerta que marcaría el

destino de mi búsqueda.

Un año, cuatro meses y siete días. Sesenta y seis semanas. Once mil ochocientas treinta y dos horas. Seiscientos sesenta y cinco mil doscientos ochenta minutos. Todo este tiempo se iba a resumir aquí, en este punto, en este segundo.

Charlie esperaba en la puerta, sus ojos estaban fijos en algún lugar de la habitación hasta que mis pasos se escucharon por el pasillo y volvió la mirada a mí. “Entra”, me dijo, y yo, con mis piernas temblando y el corazón en la garganta, entré. Un pequeño cuerpo se encontraba en una mesa al centro bajo una sábana azul, parecía demasiado delgado bajo aquel trapo, me obligué a pensar que no era ella. El olor, maldita sea, aquel olor superaba todo lo demás.

“Ha pasado un tiempo, las prendas coinciden, aunque su rostro y cuerpo son irreconocibles. Pero encontramos esto”, mencionó tendiéndome una pequeña bolsa de plástico donde venían diferentes objetos. “Necesitamos que la identifiques, es lo que tenemos por el momento, es lo más cercano”. Aquellas cosas se veían sucias y desgarradas por el tiempo. Me pidió que la abriera y así lo hice, en una pequeña mesa de metal vacié con extremo cuidado la bolsa.

Fue entonces cuando lo vi, había perdido el brillo y de los cristales solo quedaban unos cuantos. La cadena estaba rota, pero las alas estaban intactas. Mi boca se sintió pastosa y mi vista se nubló, ya no había más nada que hacer. Seguí buscando entre los jirones de lo que una vez fue una cartera y ahí estaba, una pequeña foto de las dos, sonriendo mientras jugueteábamos en un parque, hace varios años atrás. Y me quebré.

“Es ella”, dije.

“Es mi hermanita”.

Angélica González

